



¿Yahvé, Jehová o simplemente “el Señor”? La fascinante historia del Nombre más sagrado de toda la Sagrada Escritura

Existen palabras que poseen una fuerza extraordinaria. Algunas despiertan recuerdos, otras evocan emociones y otras son capaces de cambiar el rumbo de la historia. Sin embargo, existe un Nombre que supera infinitamente a todos los demás. Un Nombre que, según la tradición bíblica, fue revelado por el mismo Dios; un Nombre tan santo que el pueblo de Israel dejó de pronunciarlo por reverencia; un Nombre que aparece casi siete mil veces en el Antiguo Testamento y que, sin embargo, la mayoría de los cristianos apenas conoce.

Ese Nombre es el **Tetragrámaton**, las cuatro misteriosas letras hebreas:

יהוה

Transliteradas al alfabeto latino:

YHWH

Estas cuatro consonantes constituyen el Nombre propio con el que Dios quiso revelarse a Moisés en el monte Horeb. Durante siglos ha suscitado estudios, controversias, errores de pronunciación y profundas reflexiones teológicas. De él nacieron formas tan conocidas como **Yahvé** y **Jehová**, aunque ninguna de ellas corresponde con absoluta certeza a la pronunciación original.

Pero detrás de esta cuestión lingüística existe una realidad infinitamente más profunda: el Nombre revela quién es Dios.

Comprender el significado del Tetragrámaton no es un mero ejercicio académico. Es acercarse al corazón mismo de la Revelación.

El significado del término «Tetragrámaton»

La palabra **Tetragrámaton** procede del griego:



- *tetra* = cuatro
- *grammata* = letras

Literalmente significa:

«**Las cuatro letras**».

Hace referencia exclusivamente al Nombre divino escrito mediante las consonantes hebreas:

Yod - He - Waw - He

יהוה

En el hebreo antiguo solamente se escribían las consonantes. Las vocales no comenzaron a añadirse mediante signos diacríticos hasta muchos siglos después.

Esto explica por qué hoy desconocemos con absoluta certeza cómo era pronunciado originalmente.

El contexto de la revelación del Nombre

La gran revelación tiene lugar en el libro del Éxodo.

Moisés contempla la zarza ardiente.

Dios le encomienda liberar a Israel de Egipto.

Entonces Moisés pregunta:

«Si voy a los israelitas y les digo: ‘El Dios de vuestros padres me envía a vosotros’, y ellos me preguntan: ‘¿Cuál es su nombre?’, ¿qué les responderé?»

Entonces Dios responde:



| *«Yo soy el que soy» (Éxodo 3,14).*

Y añade inmediatamente:

| *«Así dirás a los hijos de Israel: «Yo Soy» me ha enviado a vosotros.»*

Y continúa:

| *«Este es mi nombre para siempre; con él seré recordado de generación en generación.» (Éxodo 3,15)*

Aquí aparece el Tetragrámaton.

No se trata simplemente de un nombre propio.

Es una revelación del mismo ser divino.

«Yo soy el que soy»: mucho más que un nombre

El hebreo utiliza la expresión:

Ehyeh Asher Ehyeh

Puede traducirse de varias formas:

- Yo soy el que soy.
- Yo soy el que existe.



- Yo soy el que será.
- Yo soy el que permanece.
- Yo soy el que siempre es.

Todas estas traducciones son parcialmente correctas.

La tradición católica, siguiendo especialmente a **Santo Tomás de Aquino**, ve en esta expresión la revelación del **Ser absoluto**.

Dios no recibe la existencia.

Dios no comienza a existir.

Dios no depende de nada.

Él **es**.

Todo lo demás existe porque participa del ser recibido.

Solo Dios posee el Ser por esencia.

Como enseña el **Catecismo de la Iglesia Católica (n. 206)**, el Nombre revelado expresa que Dios es el Ser mismo, el que permanece fiel a sí mismo y a sus promesas a través de los siglos.

En palabras del Aquinate, Dios es el *Ipsum Esse Subsistens*, el mismo Ser subsistente.

Por ello, el Tetragrámaton no designa únicamente una identidad; revela la naturaleza divina.

¿Cuántas veces aparece el Tetragrámaton?

Sorprendentemente aparece aproximadamente:

6.828 veces

en el texto hebreo del Antiguo Testamento.



Es el Nombre más repetido de toda la Escritura.

Sin embargo, muchas Biblias modernas lo sustituyen por:

SEÑOR

escrito con mayúsculas.

Esta costumbre procede de una antiquísima tradición judía.

¿Por qué los judíos dejaron de pronunciar el Nombre?

Con el paso de los siglos fue creciendo una inmensa reverencia hacia el Nombre divino.

El tercer mandamiento decía:

«**No tomarás el nombre del Señor, tu Dios, en vano.**» (Éxodo 20,7)

Para evitar cualquier profanación, los rabinos comenzaron a no pronunciar nunca el Tetragrámaton.

Cuando llegaban a él durante la lectura bíblica decían:

Adonai

que significa:

Señor.

En otros contextos utilizaban:



HaShem

es decir:

El Nombre.

Con el tiempo, la pronunciación original terminó perdiéndose.

No porque Dios quisiera ocultarse, sino porque el pueblo quiso manifestar la máxima reverencia hacia su santidad.

¿Cómo nació la pronunciación «Jehová»?

Aquí encontramos una de las historias más interesantes de la filología bíblica.

Entre los siglos VI y X d. C., los escribas judíos conocidos como **masoretas** añadieron vocales al texto hebreo para preservar su lectura.

Cuando encontraban el Tetragrámaton:

יהוה

no escribían sus vocales originales.

En su lugar colocaban las vocales de:

Adonai

como recordatorio para que el lector dijera «Señor» y no pronunciara el Nombre.

Visualmente aparecía algo semejante a:

YeHoWaH

Muchos estudiosos cristianos medievales desconocían esta convención.

Pensaron que aquellas vocales pertenecían realmente al Nombre divino.



Así nació:

Jehová

La primera documentación clara de esta forma aparece en la Edad Media, especialmente en autores latinos como **Pedro Galatino** (siglo XVI), aunque existían precedentes desde el siglo XIII.

Por tanto, **Jehová no es la pronunciación original del Nombre divino**, sino el resultado de combinar las consonantes del Tetragrámaton con las vocales de *Adonai*.

Durante siglos, sin embargo, la forma «Jehová» se difundió ampliamente en la teología occidental, en himnos, comentarios bíblicos e incluso en algunas traducciones de la Biblia.

¿De dónde procede «Yahvé»?

A partir del siglo XIX, el estudio comparado de las lenguas semíticas permitió formular una hipótesis diferente.

Muchos especialistas concluyeron que la pronunciación más cercana al original habría sido:

Yahweh

En español:

Yahvé

Esta reconstrucción se basa en diversos indicios:

- antiguos testimonios griegos;
- nombres teofóricos hebreos (como Isaías, Jeremías o Elías);
- reglas fonéticas del hebreo antiguo;
- testimonios patrísticos.

No obstante, conviene subrayar un dato importante: **nadie puede afirmar con certeza absoluta que esa fuera la pronunciación exacta**, porque la tradición viva de pronunciar el Nombre se perdió muchos siglos antes de que existieran registros fonéticos.



Por eso, «Yahvé» es una reconstrucción académica muy probable, pero no una certeza histórica absoluta.

¿Por qué la Iglesia prefiere decir «Señor»?

Desde los primeros cristianos existía una práctica heredada de la traducción griega de los Setenta (*Septuaginta*): traducir el Tetragrámaton por **Kyrios**, «Señor». Los autores del Nuevo Testamento siguen esta costumbre al citar el Antiguo Testamento, aplicando además el título de «Señor» a Jesucristo, manifestando así su plena divinidad.

En continuidad con esa tradición, la Iglesia ha indicado que, en la liturgia, se utilice la traducción equivalente a «Señor» y no una pronunciación reconstruida del Tetragrámaton. Esta práctica busca expresar la veneración debida al Nombre revelado y mantenerse fiel al uso recibido por la tradición litúrgica.

Así, cuando proclamamos en la Misa: «**Palabra del Señor**» o «**El Señor esté con vosotros**», no estamos empleando una simple fórmula de cortesía. Estamos utilizando el título con el que la Iglesia ha confesado durante siglos al Dios de Israel y a Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre.

El Nombre de Dios y la divinidad de Cristo

Uno de los aspectos más extraordinarios del Nuevo Testamento es que Jesús aplica a sí mismo la expresión «**Yo soy**» (*ego eimi*).

Cuando discute con los judíos afirma:

| «*Antes que Abrahán existiera, Yo Soy.*» (Juan 8,58)

No dice:



«Yo era.»

Dice:

«**Yo Soy.**»

Los oyentes comprendieron perfectamente la afirmación.

Por eso intentaron apedrearlo.

No entendieron sus palabras como una metáfora.

Las entendieron como una afirmación de igualdad con Dios.

Jesucristo estaba identificándose con el Dios que habló desde la zarza ardiente.

Toda la cristología se ilumina desde esta perspectiva: el Verbo eterno comparte plenamente el ser y el Nombre divinos.

El segundo mandamiento y el respeto al Nombre de Dios

Vivimos en una cultura donde el Nombre de Dios es empleado con frecuencia como una simple exclamación o incluso como blasfemia. La tradición católica recuerda que el segundo mandamiento no solo prohíbe el perjurio o la blasfemia, sino que invita a pronunciar el Nombre divino con adoración, gratitud y confianza.

Cada vez que hacemos la señal de la cruz, invocamos al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo. Cada vez que rezamos el Padrenuestro decimos: «**Santificado sea tu Nombre**». No pedimos que Dios llegue a ser santo —porque Él es la Santidad misma—, sino que su Nombre sea reconocido, amado y glorificado por toda la creación.



Aplicaciones espirituales para el cristiano de hoy

El estudio del Tetragrámaton no debe quedarse en el ámbito de la erudición. Tiene consecuencias concretas para la vida espiritual.

- 1. Recuperar el sentido de la adoración.** El misterio del Nombre divino nos recuerda que Dios es infinitamente mayor que nuestras categorías y merece una reverencia profunda.
- 2. Cuidar nuestro lenguaje.** Evitar la frivolidad al mencionar a Dios es una forma de testimoniar nuestra fe en un mundo que trivializa lo sagrado.
- 3. Confiar en la fidelidad divina.** El Dios que reveló su Nombre a Moisés es el mismo que acompaña hoy a su Iglesia y permanece fiel a sus promesas.
- 4. Descubrir a Cristo como el Señor.** Reconocer en Jesús al «Yo Soy» fortalece nuestra fe en su divinidad y en su presencia real en la Eucaristía.
- 5. Vivir la santidad cotidiana.** Si llevamos el nombre de cristianos, estamos llamados a reflejar con nuestra vida la santidad del Dios cuyo Nombre veneramos.

Una enseñanza para nuestro tiempo

En una época marcada por el relativismo, donde con frecuencia se reduce a Dios a una idea, un sentimiento o una opinión, el Tetragrámaton nos recuerda una verdad esencial: Dios no es una proyección del hombre. Él es el Ser eterno, el Creador, el Señor de la historia, el Santo de Israel que se ha revelado y ha querido establecer una alianza con su pueblo.

Conocer la historia de los nombres **Yahvé** y **Jehová** resulta interesante y ayuda a comprender mejor la transmisión de la Sagrada Escritura. Sin embargo, la cuestión decisiva no es pronunciar correctamente unas antiguas consonantes hebreas, sino acoger con fe a Aquel que se reveló a Moisés y que, en la plenitud de los tiempos, se manifestó definitivamente en Jesucristo.



Conclusión

El Tetragrámaton continúa siendo uno de los mayores misterios de la Revelación. Cuatro letras que han atravesado más de tres mil años de historia, copiadas con veneración por generaciones de escribas, meditadas por profetas, Padres de la Iglesia, teólogos y santos. Cuatro letras que nos conducen a una verdad inmensa: Dios es el único que existe por sí mismo, el eternamente fiel, el principio y el fin de todas las cosas.

Por eso, más allá del interés histórico sobre las formas **Yahvé** o **Jehová**, el creyente está llamado a contemplar el significado profundo del Nombre divino y a responder con la actitud que Moisés adoptó ante la zarza ardiente: quitarse las sandalias del orgullo, adorar en silencio y dejarse transformar por la presencia del Dios vivo.

Como proclama el salmista:

«*Unos confían en sus carros y otros en sus caballos; nosotros invocamos el nombre del Señor, nuestro Dios.*» (Salmo 20,8)

Que ese Nombre santísimo, revelado en la Antigua Alianza y glorificado plenamente en Jesucristo, sea para nosotros motivo de adoración, confianza y esperanza, hasta el día en que contemplemos cara a cara al Dios cuyo misterio apenas podemos balbucear en esta vida.